

Mar cruzado

Cecilia Pisos

Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleg

*Para Dani,
cruzando el mar,
de corazón a corazón*

VUELTAS Y MÁS VUELTAS:
LOS PRETEXTOS DE *MAR CRUZADO*

Como el mundo no para de dar vueltas, un buen día, igual que a la Carolina de esta historia, me propusieron intentar el regreso a lo que había contado en *Como si no hubiera que cruzar el mar*. Pero eran tantas las vueltas que había que hacer antes para escribir *Mar cruzado*... Primero, tenía que volver yo, para saber exactamente lo que se sentía de regreso y cómo es ese vivir encabalgado que nos queda para siempre a los habitantes de dos (o más) lugares. Después, tenía que encontrar la manera de hacer volver a mi personaje, y había que trenzarle bien segura la soguita para la caída libre en su futuro, que era también su pasado. Ya que resultó, cuando lean van a ver, que lo que creemos que es materia exclusiva del porvenir nos viene de atrás, de los que vivieron antes, empujándonos en forma de destino.

Finalmente, cuando encontré la arcilla narrativa en la que hundir las manos, solita se me

hizo la forma, que era lo que más me preocupaba. La única manera de vivir en dos mundos reales y terrestres es hacer pie en uno intermedio desde donde otear a uno y otro lado, sin importar que en él sólo se exista virtualmente. Y allí cerró todo: la *intención* de contar la vuelta (que, así como la ida no necesariamente es una romántica aventura, el regreso no siempre implica el tan deseado oasis), la *materia* (que consiste en el hilo del que Carolina tira para armar el teatro de un amor pasado de su bisabuela que la destina a su propio primer amor) y la *forma* perfecta, el blog. *Mar cruzado* fue el dispositivo textual virtual a través del que se escribió/emitió/leyó/comentó esta historia y que hoy se puso su trajecito más tradicional de libro, este que tienen en las manos.

Publicar “de a cachitos”, como fue la experiencia desde el lado de la producción de la novela, no es nada nuevo bajo el Sol: a los folletines los inventaron en el siglo XIX los dueños de los diarios para cautivar compradores. En ese momento, los lectores buscaban, semana tras semana, la continuación de las historias que habían quedado literalmente pendientes del reguero de tinta de la pluma del escritor. Pero, ya habitantes de las grandes ciudades, la operación de lectura era realizada en solitario, cada uno por su lado y “taza, taza”, como diría

Nacho, “cada uno en su casa”. El escritor, por supuesto, ni se enteraba de quiénes eran sus lectores y mucho menos les veía la *face*.

Conocerse entre los lectores y que el escritor pueda saber quiénes son (al menos algunos de) ellos son los dos fenómenos nuevos que estamos experimentado en estos espacios públicos en el no espacio, instaurados por las modalidades del blog y de las redes sociales. Y son las dos características más gordas que diferencian el folletín del siglo XIX de la *blogel* (*blog novel*) o el *eblook* (*ebook* en formato blog), que así se llama, parece, lo que estuvimos haciendo, como monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, en *El burgués gentilhomme* de Molière. Teniendo como horizonte, al mismo tiempo que, en esto de entrar en contacto virtualmente, sólo (o primero) mediante la palabra, lectores y escritores somos indudablemente pioneros.

Muchas veces, cuando era chica, y me veían absorbida en la lectura, quienes no me conocían, me preguntaban con lástima: “¿Qué hacés ahí solita?”. ¿Hubieran creído los que me preguntaban que, unos cuantitantes años después, se iba a hacer posible leer “ahí, pero no solitos” tan evidentemente? ¿Quién nos iba a decir que una de las actividades calificadas entre las más solitarias en la vida, como es leer, se practicaría junto con otros?

(Si no me creen lo de “más solitaria”, lean o releen el capítulo final de *Si una noche de invierno un viajero*, de Ítalo Calvino, en el que el Lector y la Lectora comparten la misma cama, ¡separados por diferentes libros!).

Por último, quiero consignar mi feliz hallazgo: contrariamente a lo que pensé que sentiría, los ojos de los lectores en la nuca, lo que pasó, en cambio, fue que esas manitos que yo iba poniendo en las frases fueron tomadas y estrechadas. Y yo pude verlo, lo hicieron en mi *cara*. Esto fue leer y escribir juntos. Lo demás, el tiempo dirá si es literatura, pero no será, creo, lo más importante. Muchas gracias por tanta compañía y bienvenidos a los recién llegados. Hasta la próxima lectura (y escribo *lectura* y me suena a ronda, a mateada).

CECILIA

1. Mar cruzado

1 de febrero

¡HOLA a todos! ¡¡¡Un saludo especial a los amigos y amigas del Liceo Ramón y Cajal y a mis compañeros del Manuel Belgrano!!! (Y a todos los chicos que llegaron a este sitio para saber cómo sigue mi historia).

Yo, por mi parte, del otro lado del mar, o más bien en el c... del mundo, como se suele decir por aquí... Pero, para variar, no me he quedado calladita sino que los invito a inaugurar mi blog, al que le he puesto Mar cruzado.

¿A ver si adivinan por qué le puse así?

Bueno, les voy a dar una pequeña ayuda. O varias:

- Porque, es evidente, siguiendo el mandato paterno (y materno, claro está, al mismo tiempo), que he cruzado el mar otra vez y aquí estoy, en la otra orilla del bravísimo y no menos encrespado Atlántico, de vuelta en la Argentina. ¿Mi país?, ¿quién lo sabe! Ya veremos... Deberá ponerse a prueba...

- Cruzado porque todo esto del viaje me ha caído fatal: yo ya me había acostumbrado a vivir tan bonitamente allí, en la Madre Patria, como le llamaba papá al principio, que mejor no les cuento los nombres que le ponía después... Cruzado, como uno de esos tachones con los que se suprime algo mal escrito en un examen. Con duda y dejando un poco como que se vea, por si acaso era eso y no lo otro que se nos ocurrió después. “Siempre hay que dejar las puertas abiertas”, como dice mi madre...
- Y tres, y creo que la más importante y lo que hace diferente a toda esta nueva aventura de mi familia (qué se le va a hacer, hay familias que son así, un poco movedizas o con hormigas en el trasero, como diría mi tía Sandra) es que este cruzado no es un “pasado, pisado”, no es un marcharse sin volver la cabeza atrás, como decía en las cartas mi bisabuela María. Es, más bien, como ponerse en medio de una cruz de caminos, mirar ampliamente en todas las direcciones posibles y unir, siguiendo la línea de puntos que marcan nuestras idas y venidas en un mapa imaginario, los corazones que hay a uno y otro lado. Que para eso está este blog, y... bueno, que me



está comenzando a soplar el viento de la pena, arrastrando matojos de pasto seco y ululando gemidos de peli de terror. ¿Por qué no me dejan ya algún comentario?

Comentarios:

María Celia: ¡Vale, Caro! Hola, che, como también dicen allá, ¿no? Pues está majo tu blog. Le voy a mostrar a la profesora Cardales para que vea los frutos de sus clases, que cuando llegaste a primero, ni hablabas palabra y ahora te sales como escritora.

Pues ponme bien peinadita y nada de contar secretos en público que nunca se sabe quién lee los blogs. ¡Chauuu!

Sandra: Hoy leía tu blog, sobrina, y me alegraba de ver que te habías animado a armarlo. Está muy chulo; luego te escribo algunos tips para mejorar el diseño. ¿Y qué se le manda a alguien que inaugura un blog aparte de mucha suerte? Pensé un buen rato y, al fin, se me ocurrió: vaya una planta virtual para tu blog, Carolina, para la casa en medio de la nada que habitas entre uno y otro mundo, sin que necesariamente nuevo sea Argentina y viejo España, que esas son cosas de la “época de la conquista”, ja, ja... Besos, tu tía.

2. Pasaje

3 de febrero

Un pasaje, creo yo, cambia de colores como las hojas de los árboles. Cuando lo sacamos, es verde como una esperanza, el viaje está en el porvenir, soñamos con él, pensamos todo el tiempo “voy a llevar esto o lo otro”; “me conviene comprarme aquello o lo de más allá”; “antes de irme, tengo que hacer x, y, z; ver a Mengano, a Zutano, a Perengano” (así dice mi abuela; estos deben ser los nombres de unos viejos conocidos de ella). Pero, bueno, traducido sería “no tengo que olvidarme de pasar a abrazar a Guadalupe, a María Celia, tal vez ver a Germán, que me ha pedido...”, ay... ¡Volví a Argentina! 😊! 😊😊😊

Sigamos. Como decía, mientras estamos en viaje, en tránsito, el pasaje es el trocito de papel más valioso que existe sobre la Tierra junto con el pasaporte: es como el salvoconducto, la contraseña que nos permite estar sacando un pie de un lado, poniendo a la vez el otro pie más allá. Cada vez que me chequean el pasaje en el aeropuerto, me

siento como en las películas de la Segunda Guerra, con oficiales alemanes de frontera revisando siempre papeles falsos que los protagonistas llevan y muestran con cara de póker, para malasangre de los espectadores.

Cuando el viaje termina, el pasaje, hoja ya seca, se marchita y muchas veces se tira, sin pensar, a la basura. Otras, como es mi caso, y como una forma de no olvidarlo, el pasaje va a parar al interior de un libro.

Para los que no me crean que estoy de vuelta en Argentina, acá les planto el billete o pasaje. (Voy a tener que tener muy en cuenta, al escribir este blog, la frase de mi tía Sandra: “A España y a los países de América los separa una misma lengua”. Y voy a poner sinónimos en todas las palabras que pueda para que esto que cuento se entienda a uno y otro lado del mar, cuando lo lean mis viejos nuevos amigos de Buenos Aires y mis nuevos viejos amigos de Madrid).



Y aquí les anoto otra frase que me parece cierta, esta vez de mi hermano Nacho: “Las nuevas tecnologías permiten que uno, al cambiar físicamente de lugar, no reste sino sume amigos”. ¡Un maquinón, mi hermano, para las frases! Pero algo de razón tiene y ¡mucho suerte! Así como a mí me habían mandado a España de mascarón de proa, cuando nos fuimos de Argentina; a él lo dejaron de popa, ahora que nos volvimos, quedó de cola de perro, le digo yo para hacerlo enojar, para que termine allí su universidad. Seguro que algunos se preguntan qué pasó con mi viejo. Ya les cuento cómo empezó todo en la próxima entrada, en la que lo van a escuchar decir la frase célebre que, en definitiva, es la que da origen a este blog. ¡Chau!

Comentarios:

Vicky: ¡Volviste, volviste, Carito! ¡¡¡No puedo esperar a verte en persona!!! Mandame un mensajito para que nos encontremos. ¿En la heladería de la avenida?

Sandra: Para que te crean, que crean que eres tú en carne y hueso y no una impostora, podrías postear aunque sea una foto de tu pie

izquierdo, donde se te vea el lunar ese tan simpático que tienes.

María Celia: Igual nosotras podremos seguir aparte chateando en el msn, Carolina, sobre todo de esos asuntillos que empiezan con la letra G... que me han encargado, ¿sabes?

Caro: María Celia, no demos más detalles en público. ¡¡¡La seguimos urgente en el msn!!!

3. Tomá mate y avivate

4 de febrero

Así dijo mi papá una mañanita madrileña de hace tres meses, mientras al lado de las facturas, que conseguía todos los domingos en la panadería de los chilenos, dejaba el mate cebado y espumante y un mail impreso para que nos aviváramos, nos enteráramos, los demás de la casa.

—Conseguí trabajo. ¡Conseguí! ¡Y en casa!

Mamá, colgada de la palmera, le preguntó:

—¿Es teletrabajo? ¿Trabajo para hacer desde la compu?

—¿No entendés nada vos? Para hacer en casa, en Ar-gen-ti-na: ca-sa.

—Yo creí que desde hace cuatro años casa era esta, acá, donde ahora estamos desayunando...

—Yo también —dije, recordando que al principio había sido un lío vivir con los tíos Sandra y Daniel, todos juntos como familia italiana...

—Madre y casa hay una sola. Estas son de las últimas facturas que comemos en territorio español. ¡Ya no más dividir en cuatro los Havanna para

hacer durar la caja! Ahora volveremos a la pródiga tierra que los creó: a casa. Casa hay una sola.

“¿Y padre?”, me pregunto y me contesto: hay varios, porque a este así de contento, hace rato que no lo veía en este piso, cerca del metro América adonde los cuatro nos mudamos, los cuatro juntos por fin, después de que yo esperara más de un año por el bendito trámite del Consulado. Casa, en Madrid, España, esa era casa, para mí, hasta esa mañana.

—Casa es de donde uno es —seguía diciendo papá mientras empezaba a buscar en internet los pasajes de vuelta.

—Casa es donde está la familia —retrucó mi mamá.

—Por eso, por eso: allá están tus viejos, mi vieja, los primos, los tíos que quedan... La familia.

—No, yo me refería a la que nosotros formamos, a los cuatro que estamos acá...

Ellos siguieron con sus ACÁ y ALLÁ, una discusión que venía de largo, y yo me fui a mi cuarto. Porque mamá siempre tiró a adaptarse, a aceptar el acá donde estaba mientras que papá, al revés, siempre el pelo al huevo, siempre prefería el allá, el más allá, donde no había sido posible permanecer...

Como decía, yo me fui a mi cuarto a decidir mi posición, con la ayuda de una vocecita con acento español que me decía:

—Recalculando: los últimos dos años de la secu que tú creías que ibas a terminar acá, serán en Argentina. Recalculando: destino Argentina, a 10.012,09 km de Madrid; Buenos Aires, 34 grados 35 minutos latitud sur, 58 grados 22 minutos longitud oeste...

¿Irse? Eso era fácil, ya lo había hecho antes y sola. Empezar de nuevo, también ya lo había hecho antes. Y había costado mucho, bastante. Todavía costaba, a veces. Pero volver, “empezar de viejo”, pasar atrás las páginas a ver qué figuritas habían quedado todavía pegadas en el álbum de los recuerdos, ¿cómo se hacía?

Después de pensar un rato, decidí que había algo en lo que me sentía diferente de papá. Llamé a tía Sandra y nos encontramos, como aquella vez, dos horas más tarde en el local de la galería comercial que está a la vuelta de su casa.

—Mamá me dijo que le hablaste. ¿No confías en mí? —le pregunté.

—¡Es que otro tatuaje! Ella es tu madre y madre hay una sola. Y más si está presente.

“¡Vaya con las frasecitas hoy esta familia!”, pensé.

—La llamé para comentarle lo que vamos a hacer, pero no es precisamente lo que habíamos acordado. Se me ocurrió algo mejor aunque tendrás

que esforzarte un poquito. ¡Y yo también, porque de tejido, ni una pepa!

La miré sin entender y en ese momento, sin tiempo para preguntar, mi tía abrió la puerta de una tienda atendida por tres viejecitas.



Este es el modelito que estamos tejiendo desde ese día, Sandra de un lado y yo del otro, a cuatro agujas, y la próxima vez que nos veamos, dondequiera que sea, uniremos las dos partes y tendré mi bufanda amada con mis dos países. En cuanto me contó su idea, ¡fasciné! (Y acá entre nos, tejer no duele como el tatuaje con la banderita de España que había pensado hacerme).

Comentarios:

Vicky: ¿Y si no se ven y siguen tejiendo y tejiendo hasta que se vuelven viejecitas, como las de la tienda?

Caro: ¡Ay, no! ¡Que no nos pase como a mi bisa y su prima Isabelica!

Vicky: Bueno, no, claro que van a verse, ¡da tantas vueltas el mundo!

Germán: Menos mal que tu tía te ha convencido, Caro. Si sigues viajando y viviendo en diferentes países, y por cada uno, un tatuaje... Con la idea que tenías, ibas a terminar como un señor hindú (lo vi en internet), que tiene las banderitas de todo el mundo tatuadas en el cuerpo y sueña con viajar por los diferentes países para mostrárselas a los niños.

Caro: ¡No entendiste nada! No mires más mi blog; esto es algo muy importante para mí.

Germán: Perdón, perdón.